

PRESENCIA DE LAS CLASES POPULARES EN LA HISTORIA REPUBLICANA

José Luis Réniqve

EXISTE una suerte de "versión oficial" muy difundida y comúnmente aceptada de nuestra historia republicana. En ella figuran con distinta relevancia, personajes, instituciones y fechas, verdaderas epopeyas y numerosos actos de innegable entrega; sin embargo, son contados los espacios a través de los que es posible conocer la vida del pueblo, actor por excelencia de la historia. En ellos, la huella de la acción de las masas ha quedado impresa y la historia —supuesto registro crítico de la existencia de los hombres—, se ha reducido a construir estereotipos que "presentan a la muchedumbre como una descarnada abstracción y no como un conjunto de hombres de carne y hueso".¹

Escribir la historia de las masas "sin historia" es una tarea compleja. Frente a la fría lógica del estereotipo aplicable a cualquier movimiento de masas en cualquier sociedad ubi-

camos significativos avances, por ejemplo los realizados por George Rudé y Eric. J. Hobsbawm², cuyo valor fundamental reside en estudiar las expresiones populares en tanto fenómenos históricos insertos en un contexto que nos informa quienes formaban esa masa, qué aspiraciones o problemas ocupaban su espíritu, que formas de lucha adoptaron, o quiénes eran sus dirigentes. Un simple cambio en el objeto de nuestro interés —del Club Nacional al movimiento obrero, por ejemplo— no es suficiente garantía si no existe el sólido soporte de nuevas fuentes y nuevas estrategias de análisis que permitan reconstruir las bases materiales, inclusive la vida cotidiana, de nuestros anónimos personajes. Se trata —como dice Bonilla³— de realizar una historia del pueblo, que refleje sus esperanzas, sus frustraciones, su visión del mundo, su percepción sobre el

lugar que ocupan en la sociedad, en suma, hacer la historia de su conciencia: O de otra manera corremos el riesgo de construir una abstracción de signo contrario, una verdadera "historia institucional del movimiento popular", en la que el recuento de sus personajes e instituciones reemplacen al movimiento vivo de los hombres.

Sugerencias valiosas se pueden encontrar en la magistral *Historia de la Revolución Rusa*, escrita por León Trotsky hace más de cincuenta años. Sobre el problema de las fuentes su autor escribe:

"Son evidentes las dificultades con que tropieza quien quiere estudiar los cambios experimentados por la conciencia de las masas en épocas de revolución. Las clases oprimidas crean la Historia en sus fábricas, en los cuarteles, en los campos, en las calles de las ciudades. Mas no acostumbran a ponerla por escrito. (...) A pesar de esto, la situación del historiador no es desesperada (...). Los apuntes escritos son incompletos, andan sueltos y desperdigados. Pero puestos a la luz de los acontecimientos estos testimonios fragmentarios permiten muchas veces adivinar la dirección y el ritmo del proceso histórico".⁴

En nuestra historia republicana son numerosos los casos en que las acciones de masas han resultado insoslayables aun para una historia poco dispues-

ta a interrumpir los dimes y diretes de la política palaciega con la recia y bulliciosa voz de la "multitud". A manera de ejemplo diremos que el problema de la participación popular en las guerras de la Independencia no ha sido aclarado. Tampoco han sido estudiadas a fondo las montoneras de la Guerra del Pacífico ni las pierolistas, como tampoco la tenaz resistencia al invasor sostenida en la sierra central. Del mismo modo las movilizaciones acaudilladas por Sánchez Cerro en los años 1930-1931, así como los graves sucesos ocurridos en Trujillo en 1932, ni de muchos otros episodios, incluidos los acontecimientos del 5 de febrero de 1975 y los paros nacionales posteriores. Los textos más utilizados en nuestros centros educativos no satisfacen las preguntas que formula una época en que las masas muestran su potencial transformador. "La Historia es hija de su tiempo", dijo Fevre con justeza, son precisamente las exigencias de la hora actual las que exigen a algunos historiadores jóvenes a releer nuestro pasado republicano, tal es el caso de Margarita Giesecke⁵, que en un libro de reciente publicación analiza a la multitud limeña que participó en el derrocamiento y muerte de Tomás Gutiérrez en julio de